

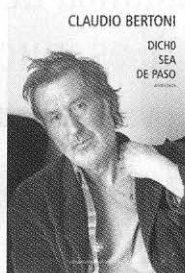
## “Dicho sea de paso”

Claudio Bertoni ocupa un lugar singular en la poesía chilena. Prefiere el lenguaje de la vida cotidiana, el habla de la calle.

Hacia mucha falta una antología de la poesía de Claudio Bertoni, un poeta disperso y con libros ya imposibles de encontrar, como el primero *—El cansador intrabajable—*, publicado en 1973 en Inglaterra, o *Sentado en la cuneta*, de 1990, uno de los dos o tres publicados por la desconocida editorial Carlos Porter, iniciativa más bien amistosa que limitó la circulación de uno de sus mejores textos *—su único poema de gran extensión,*

por lo demás—, incluido íntegro en esta antología.

Bertoni ocupa un lugar singular en la poesía chilena. Por cierto que conoce y que dialoga con otros poetas, con Parra, principalmente, tal como lo hace notar en el prólogo Álvaro Bizama; pero más relevante que buscar para Bertoni el lugar apropiado en el mapa, más que la labor cartográfica y el catastro de influencias, es tratar de percibir el nítido sonido de una voz propia, que huye de los formalismos y de las clasificaciones. Bertoni prefiere el lenguaje de la vida cotidiana, el habla de la calle, pero no en un ejercicio de mero registro, sino como vehículo para dar forma a los temas



característicos de su poesía, que son, valga la redundancia, los más cotidianos: el viaje, pero en micro (y las veredas, las vienesas, las camas, las duchas, los semáforos); el erotismo, pero no cualquiera, sino el que está en la mirada, en el roce, en la imaginación, en la caricia furtiva e incluso artera; el erotismo del ojo, del contemplador, del piropo callejero, o también del recuerdo, del ojo vuelto hacia dentro, hacia la memoria de pieles y calzones que ya quedaron atrás; y, crecientemente, el cansancio,

la vejez y la muerte, tópicos de siempre que Bertoni revisita a la luz de su particular mirada (“no tengo fuerzas/para levantarme/a ver abrir el portón/a mi vecina en jumper”), pero que también alcanzan, en otros poemas, la siempre extraña lucidez existencial de la buena poesía.

Con la notable excepción de *Sentado en la cuneta*, lo mejor de Bertoni está en sus poemas breves, casi epigramas, donde destaca más también su capacidad para trastocar el mundo de apariencias y conveniencias que afecta por igual al mundo real, por así decirlo, y al ámbito de la poesía; no hay temas tabú, no hay palabras tabú, y, como dice en su propio *Walking Around*, “¿existe/algo más rico/que caminar detrás/de un buen pote?”. **S**